

Don Guillermo Blest Gana

Alfonso M. Escudero, O. S. A.

El padre fue el médico irlandés Guillermo Cunningham Blest, establecido en Chile a fines de 1823 o a comienzos de 1824.

Hacia un año que había dejado de ser Director Supremo otro hombre de familia irlandesa: Bernardo O'Higgins, que la mayoría de los chilenos consideramos el principal padre de la patria.

Pero el doctor Blest era hombre que no necesitaba valedores: sabía las materias de su especialidad y se abrió camino rápido.

Una de las familias de mejor posición económico-social era en Santiago por aquellos años la de los Gana Dagrigrande, y su casa era muy visitada, sobre todo por la belleza y distinción de sus mujeres. Una de ellas, Carmen, había casado con el almirante don Manuel Blanco Encalada, el primer mandatario que usó el título de Presidente de la República. De las demás, Micaela se unió a don Tomás Armstrong; Juana, al señor Juan Sewell; Dolores, al señor Marcos Walton.

Y doña María de la Luz casará el 21 de marzo de 1827, en la parroquia santiaguina del Sagrario, con el doctor Blest.

El doctor cumple siete años de permanencia en el país, lo que le permite pedir, en 1831, y obtener, ser reconocido ciudadano chileno y ser diputado al Congreso ese mismo año, colaborar en la obra constructiva de Portales y fundar una Escuela de Medicina, base de la que es hoy una de las Escuelas de la Universidad de Chile.

El matrimonio Blest Gana tuvo una descendencia copiosa, y, muy dentro de la proclividad del tronco Gana y López, tres de sus hijos serán escritores: Guillermo, poeta; Alberto, novelista, y Joaquín, político y crítico y los tres desempeñarán con brillo funciones gubernamentales o diplomáticas de responsabilidad.

Guillermo nació en Santiago el 28 de abril de 1829. En una novela, *El loco Estero*, que su hermano Alberto escribirá en la ancianidad y que por eso mismo es una evocación nostálgica de la niñez, Guillermo aparece niño en pa-

reja con su hermano Alberto, disfrazados uno y otro con los nombres de Guillén y Javier, cuando la familia vivía en la Alameda frente al monasterio de las Claras, o sea, la Biblioteca Nacional de hoy.

En esa misma novela se menciona, con el nombre de Huempal, la hacienda de Palhuén, que don Guillermo había adquirido con su cuñado el general José Francisco Gana cerca de Curepto y que en parte regaba el Huenchullamí. Allí jugó Guillermo cuando niño.

Desde 1840 a 1848 estudia en el Instituto Nacional, no sólo las asignaturas de humanidades, sino también algunas del curso de Leyes.

Fue muy estudioso, y de su afición a escribir ya encontramos demostraciones desde 1847, año de su poema *Huantemagu* y del estreno de su drama *Lorenzo García*, y en 1848, año de su leyenda en verso *La muerte de Lautaro*, dada a conocer en la *Revista de Santiago*.

Su salud delicada exige un clima más benigno que el de Santiago: se va a La Serena, donde se dedica a leer y leer, y por supuesto también a escribir, sobre todo versos de amor y melancolía.

Un día de 1850 muere una hermana de cinco años, Sarita. La madre enferma de pena. Se la traslada a Constitución, y a pesar de todos los cuidados, muere allí al año siguiente. Es la semidestrucción de "esa patria pequeña que llamamos hogar".

El cariño a la hermanita ida y a la doña María de la Luz traen (1850-51) al poeta a Constitución. Un galope de algunos kilómetros al norte, y ya podrá firmar a orillas del Huenchullamí su leyenda *La flor de ña Soledad*.

Años más tarde, al partir de Chile, recordará:

*Allí descubro un túmulo... Si lloro
no lo extrañéis. ¡Allí siempre he llorado!
Allí se encierra la que más he amado...
¡La tumba es de mi madre! Madre mía,
sobre tu losa te dejé unas flores;
hoy me entrego del mar a los furores...
¿Volveré a renovarlas algún día?*

(*"Adiós a Chile"*).

En 1854 publica la primera edición de su primer volumen de *Poesías*.

En 1856, y con el cargo de agente de la compañía El Porvenir de las Familias, se traslada al Ecuador, donde se vincula a los escritores, y después de tocarle en Cuenca ser el único acompañante del ataúd de Dolores Veintimilla, escribe sobre la poetisa suicida páginas que han quedado famosas por lo sentidas y exactas.

Regresa a Chile en 1857. En 1858, funda en Valparaíso la *Revista del Pacífico*. Comprometido en una conjuración contra don Manuel Montt, pasa algunos meses (febrero-setiembre) en la cárcel porteña y en setiembre de 1859 sale hacia el norte, desterrado.

*Todo, todo allá queda.
¡Ah! ¡que abrazarlos a mi vuelta pueda!*

dice en su *Adiós a Chile*, que lleva la fecha de 1856, pero que (tono de resentimiento político) más bien suponemos de 1859.

Viaja por tres años por varios países: España, Francia, Inglaterra, etc. En Inglaterra trata a la que después será su mujer, Adelaida Pitman. En España concurre a las tertulias del duque de Medinaceli y conoce a Ventura de la Vega, Adelardo López de Ayala, Selgas, etc. En el Ateneo de Madrid recita una tarde *El primer beso*, que le hacen repetir muchas veces.

Tal vez a los no familiarizados con la historia de Chile, convenga decir algo sobre lo que yo suelo llamar ley del péndulo, tan aplicable a esos años.

Después del gobierno de don Bernardo O'Higgins (1817-1823), siguen en Chile los años de anarquía que sufrieron los países hispanoamericanos después de la independencia. Pero, gracias a don Diego Portales, en Chile esa anarquía no se prolongó más allá de siete años. Y en 1831 comenzó la presidencia de don Joaquín Prieto, que se rodeó de colaboradores tan eficaces como Diego Portales, Joaquín Tocornal, Manuel Rengifo, Mariano Egaña, Manuel Bulnes, Manuel Montt, Andrés Bello, lo que iba a permitir que la presidencia siguiente, la de don Manuel Bulnes (1841-51), pudiera dedicarse en paz a la Universidad, las Escuelas de Arquitectura, Bellas Artes y de Artes y Oficios, la Escuela Normal, los Ferrocarriles, el movimiento literario de 1842 y otras tareas de orden cultural.

El decenio siguiente (1851-61), el de don Manuel Montt, fue inaugurado y clausurado por dos revoluciones opositoras: la de 1851 y la de 1859. Causa: don Manuel Montt, gran gobernante por lo demás, era de origen catalán y hombre de mano dura, y el brazo ejecutor de su ministro don Antonio Varas no era menos enérgico.

Por eso, el decenio siguiente (1861-71) debe ser, y es, el de un conciliador, don José Joaquín Pérez, una de cuyas primeras medidas es la ley de amnistía política del 18 de octubre de 1861, que permitirá a Blest Gana regresar, y no sólo regresar: es nombrado (1863) subsecretario de Hacienda, y en 1864, secretario de la legación de Chile en Buenos Aires.

Cuando la actuación del ministro don José Victorino Lastarria es desaprobada por Chile, don Guillermo queda en Buenos Aires como encargado interino de negocios (26-X-1866) y cuatro años más tarde (1º-X-1870) en pro-

piedad. Y lo es hasta 1876, en años muy difíciles para Chile, dada la prepotencia de nuestros vecinos del este.

Las relaciones con Argentina han llegado a un alto grado de tensión. El gobierno chileno designa un negociador especial, y Blest Gana regresa a Chile con la satisfacción de haber obrado con dignidad, inteligencia y energía. Pero antes hizo todavía otro gran servicio a la patria: el 6 de octubre de 1873 reveló al gobierno de Chile el tratado secreto entre Perú y Bolivia que seis años más tarde iba a desencadenar la llamada Guerra del Pacífico.

Ya en Chile, don Guillermo es intendente de Aconcagua, con residencia en San Felipe (1876-80). En 1880 regresa a Santiago a hacerse cargo de la redacción del *Diario Oficial*. Y en 1883...; pero, antes, haré notar el ejemplar papel de los Blest Gana en la defensa de Chile:

Don Joaquín, como ministro de Estado, el 5 de abril de 1879 fue uno de los firmantes de la declaración de guerra; desde París, don Alberto colaboró como pocos a la victoria de la Guerra del Pacífico (1879-84); y don Guillermo, después de revelar en 1873 el tratado secreto entre Perú y Bolivia y los intentos de comprometer a la Argentina, ahora, en 1883, se traslada a Lima a colaborar algunos meses en el equipo administrativo de las fuerzas de ocupación mandadas por don Estanislao Lynch.

En 1884 se crea el Registro Civil, y don Guillermo Blest Gana es nombrado jefe de la oficina de Valparaíso.

Allí lo encuentra en 1886 Rubén Darío, que escribe:

“¿Y Blest Gana?”, pregunté. “Si quiere Ud. ver a don Guillermo, vaya al Palacio de Justicia, suba las escaleras de la izquierda; llegue a las oficinas del Registro Civil y ahí está un hombre de bigotes canos: ése es”.

De ahí lo sacó, en 1890, Balmaceda, para intendente de Tarapacá, y luego a Tacna. Fue un honor ingrato, porque al caer Balmaceda al año siguiente, el poeta quedaría cesante, y más viejo y más triste. Menos mal que en 1894 el gobierno de don Jorge Montt comprende que el leal don Guillermo Blest Gana merece algo más que buenas palabras y le ofrece la intendencia de Linares.

Linares no tenía las ventajas del clima favorable, pero el nuevo intendente iba a tener allí una compensación: la de vivir, en las afueras del noreste de la población, en el fundo de un pariente cercano, don Federico Gana Munizaga, padre del cuentista de *Días de campo*. Y allí estuvo el que la picardía lugareña llamaba el viejo nariz de loro.

Cuando las fricciones con la Argentina estuvieron por llegar a la guerra, los desfiles patrióticos surgían en Linares espontáneamente sin distinción de ca-

pas sociales y el señor intendente se sumaba a las multitudes que gritaban: ¡Viva nuestro jefe don Guillermo Blest Gana! ¡A Buenos Aires con don Guillermol

Jubiló en 1901 y volvió a Santiago. Sus amistades literarias habían sido las liberales: Guillermo Matta, J. Victorino Lastarria, Domingo Santa María; pero ya habían muerto. De sus hermanos, Joaquín también había muerto, en 1881, y Alberto, jubilado, continuaba en París.

Don Guillermo se refugió en la calle Manuel Rodríguez, 358, en una casa aislada, comunicada por el fondo con la de su hija Matilde, que lo defendía contra la soledad y fue para el anciano la hija que él necesitaba.

Otros amigos que también acudían a verlo eran el pintor Pedro Lira, el doctor Augusto Orrego Luco y su hijo don Antonio Orrego Barros, que más tarde reuniría parte de su obra.

Don Guillermo murió el 7 de noviembre de 1905.

El primer ensayo teatral de don Guillermo: *Lorenzo García* (1847) había corrido mundo; después de ser representado en Chile, alguien había llevado una copia a Lima, y una vez que Blest Gana llegaba a Guayaquil, sin que podamos precisar si fue en el viaje de 1856 o a la pasada hacia Europa en 1859, "tuvo —dice Anrique— la sorpresa de ver representar su drama en un teatro de ese puerto el día de su arribada", y cuando los espectadores se dieron cuenta de "que el autor se encontraba en el teatro, fue objeto de una verdadera ovación".

Los originales de *Lorenzo García* se han extraviado.

Las obras teatrales cuyas recogidas por la imprenta son la zarzuela *El pasaporte* (1865) y el drama *La conjuración de Almagro* (1858) que tiene buenos versos y movimiento, pero que es demasiado extensa.

En 1869 publicó una novela: *Bosquejos: El número trece*.

Y antes y después dio a conocer algunos cuentos. Todo ello de acceso muy, muy difícil, hoy.

Para poder juzgarlo adecuadamente como narrador imaginativo, habrá que esperar una edición que coloque esos relatos al alcance de cualquier estudioso

Mientras tanto, la fama del escritor puede seguir descansando en su lírica.

Todo poeta admite, entre otros encasillamientos, el de ser poeta del amor. Y don Guillermo Blest Gana estuvo muy lejos de ser excepción.

Como Musset escribió *Noches*; y bien pudo cada despertar decir: ¡Buenos días, amiga Melancolía! Pero, en el fondo, su propensión cariñosa era tan dominante, que, más que un enamorado de mujeres de carne y hueso, da la impresión de un enamorado del amor.

Y como era un caballero, desde joven sintió el amor caballeresco, como lo demuestra su poema *Huantemagu*, escrito a los 18 años. Esa misma caballeridad es la que más tarde lo va a llevar en Cuenca del Ecuador a ser el único acompañante de los restos de la poetisa suicida, Dolores Veintemilla de Galindo.

“Vivía en Cuenca, ciudad importante de la República del Ecuador, una mujer joven y hermosa. (...)

De cuerpo era alta, de frente espaciosa, de ojos bellísimos, de boca fresca y pequeña, de cabellos castaños, noble y majestuoso porte. (...)

Era una noche. Algunos amigos estuvieron a verla; ella los recibió como siempre, con cariño y bondad. En mil conversaciones diversas pasaron hasta las once. (...)

A la mañana siguiente el hijo lloraba sobre el cadáver de su madre y la noticia de un suicidio corría de boca en boca.

Un viejo coronel se presentó a mi casa: su rostro estaba pálido, trémula su voz y traía impreso en su semblante un aire de consternación y de profundo dolor que en extremo me sorprendieron. D... ha muerto, me dijo, la pobre se ha suicidado anoche!

Pocos momentos después nos dirigimos a la casa de la suicida.

El cadáver estaba sobre un lecho. (...) La vida parecía haberse alejado sólo por un instante, y no para siempre, de aquellos hermosos ojos. Su frente blanca y espaciosa parecía abrigar todavía un pensamiento; sus mejillas y sus labios tenían la palidez de la muerte, y se notaba en su boca una ligera contracción de angustia; sus cabellos en desorden caían sobre una de sus sienes, sobre el hombro derecho y sobre el seno. Su rostro todo, en fin, era un lirio recién cortado: no podía tornar a su ser primero, la vida le faltaba; pero conservaba por un momento un resto de su frescura antes de marchitarse para siempre.

Varias personas contemplaban el cadáver con una estúpida curiosidad. En medio de la pieza había una gran mesa, y abajo, al lado de la mesa, un ataúd.

Dos médicos y algunos estudiantes preparaban sus instrumentos para hacer la autopsia del cadáver.

El coronel y yo mirábamos con indignación la escena que se preparaba. Pero todo era inútil, y a pesar de nuestros ruegos y reflexiones, el cadáver fue depositado sobre la mesa. (...)

Ni un deudo, ni un amigo acompañaba el cadáver de la suicida hasta su última morada. Y fue un extranjero, un hombre que la había conocido ape-

nas, el que, condolido de tanto abandono, con la cabeza descubierta, formaba, él solo, su fúnebre cortejo.

En una colina al lado del cementerio se cavó la fosa; el ataúd fue arrojado en ella, y cubierto a medias con la tierra. Los conductores del cadáver habían ganado su salario: demasiado hicieron; nadie los inspeccionaba en su trabajo. (...)

El día era hermoso; la colina estaba tapizada de verdura, y flores silvestres brotaban donde quiera; todo en torno era alegre, risueño, lleno de vida. ¡La misma indiferencia en todas partes! Sólo el viajero cogió algunas flores y las puso sobre aquella tumba más abandonada que las otras”.

(*Revista del Pacífico*, Valparaíso, t. I, 1858, pp. 499-503).

En su *Adiós a Chile*, escribió:

*Aquí, casto, purísimo, risueño,
al armonioso son de los cantares
de ese tranquilo mar, comenzó el sueño
de mi primer amor, fugaz meteoro
¡causa de tantos celestiales gozos
y de tantos pesares!*

¿Se refería a la misma niña de *El primer beso*? Esta composición fue recogida en 1884, en *Armonías*, pero ya en 1861 la había recitado, con excelente acogida en Madrid. Y figura por lo menos en dos antologías de José Domingo Cortés: *Parnaso chileno* (Santiago, 1871) y *América poética* (París, 1875).

Dice así:

EL PRIMER BESO

*Recuerdos de aquella edad
de inocencia y de candor,
no turbéis la soledad
de mis noches de dolor,
pasad, pasad,
recuerdos de aquella edad.*

*Mi prima era muy bonita:
yo no sé por qué razón,
al recordarlo, palpita
con violencia el corazón.*

*Era, es cierto, tan bonita,
tan gentil, tan seductora,
que al pensar en ello ahora,
algo como una ilusión
aquí en el pecho se agita,
y hasta mi fría razón
me dice: ¡Era muy bonita!*

*Ella, como yo, contaba,
catorce años, me parece;
mas mi tía aseguraba
que eran solamente trece
los que mi prima contaba.
Dejo a mi tía esa gloria,
pues mi prima en mi memoria
jamás, jamás envejece,
y siempre está como estaba
cuando, según me parece,
ya sus catorce contaba.*

*¡Cuántas horas, cuántas horas
de dicha pasé a su lado!
¡Pasamos cuántas auroras
los dos corriendo en el prado,
ligeros, como esas horas!
¡Nos amábamos? Lo ignoro;
sólo sé, lo que hoy deploro,
lo que jamás he olvidado,
que en pláticas seductoras
cuando me hallaba a su lado,
se me dormían las horas!*

*De cómo la di yo un beso
es peregrina la historia:
hasta ahora, lo confieso,
con placer hago memoria
de cómo la di yo un beso.
Un día, solos los dos,
cual la pareja de Dios,
cuya inocencia es notoria,
nos fuimos a un bosque espeso,
y allí comenzó la historia
de cómo la di yo un beso.*

*Crecía una hermosa flor
cerca de un despeñadero;
mirándola con amor,
ella me dijo: "Me muero,
me muero por esa flor".
Yo a cogerla me lancé,
mas faltó tierra a mi pie;
ella, un grito lastimero
dando, llena de terror,
corrió hasta el despeñadero...
Y yo me alcé con la flor...*

*Dos lágrimas de alegría
surgieron su rostro bello,
y diciendo: "¡Vida mía!",
me echó los brazos al cuello
con infantil alegría.
Fuego y hielo sentí yo
que por mis venas corrió,
y no sé cómo fue aquello,
pero un beso nos unía,
dejando en su rostro bello
dos lágrimas de alegría.*

*Después... ¡Revoltoso mar
es nuestra pobre existencia!
Yo me tuve que ausentar,
y aquella flor de inocencia
quedó a la orilla del mar.
Del mundo entre los engaños
he vivido muchos años,
y a pesar de mi experiencia,
suelo a veces exclamar:
¡La dicha de mi existencia
quedó a la orilla del mar!*

*Recuerdos de aquella edad
de inocencia y de candor,
alegrad la soledad
de mis noches de dolor:
¡llegad, llegad,
recuerdos de aquella edad!*

En la p. 251 de los *Recuerdos de mi vida* de doña Martina Barros de Orrego (Stgo., 1942), se apunta una declaración de don Guillermo:

“Lo del beso fue una fantasía, pero no así lo de mi prima, que era una chiquilla muy bonita”.

¿Quién fue esa prima? A Chile habían venido también dos hermanos de don Guillermo. ¿Era, la prima, hija de don Andrés Blest y de doña Concepción Prats? ¿O de don Juan Blest y de doña María Faustina Zabala?

¿O de una de las Gana, hermanas de doña María de la Luz, de una de las casadas con Blanco Encalada, o Armstrong, o Walton, o Sewell?

¿O era hija de uno de sus tíos, don Rafael Gana, por ejemplo?

¿O, alejándose un poco más en el parentesco, una Orrego o de cualquier otro apellido de su numerosa parentela?

Yo me inclino a creer que era hija del industrial don Andrés, que vivió en Valparaíso, lo cual se compagina con aquellos versos:

*La dicha de mi existencia
quedó a la orilla del mar.*

Fuera de su historicidad y su autenticidad, la composición es un acierto hasta desde el punto de vista técnico.

Aparte de la sextina inicial y la final, se compone de siete estrofas de once octosílabos, y entre sus recursos no es el menos eficaz el hecho de que el primer verso de cada estrofa concluya con la misma palabra que el undécimo. En otras palabras, se trata de una cosa tan simple como la repetición, pero esa repetición es eficaz porque se basa en que lo repetido es fundamental.

Ya antes de 1894 había escrito tal cual soneto, y entre ellos uno muy conocido:

MIRADA RETROSPECTIVA

*Al llegar a la página postrera
de la tragicomedia de mi vida,
vuelvo la vista al punto de partida
con el dolor de quien ya nada espera.*

*¡Cuánta noble ambición, que fue quimera!
¡Cuánta bella ilusión desvanecida!
Sembrada está la senda recorrida
con las flores de aquella primavera.*

*Pero en esta hora lúgubre, sombría,
de severa verdad y desencanto,
de supremo dolor y de agonía,*

*es mi mayor pesar, en mi quebranto,
no haber amado más, yo, que creía,
¡yo que pensaba haber amado tanto!*

La permanencia en Linares llevó al romántico temperamental que siempre fue don Guillermo a intensificar ese siempre útil ejercicio, el soneto, lo que le va a permitir escribir varias piezas que cuentan entre lo mejor de él.

Claro que sólo sonetos escribe en esa última época. Y si no, díganlo estas cuartetos:

*Cuando estoy lejos de ti,
las horas se me hacen siglos;
y me parecen minutos
los días que estás conmigo.*

(“Fugaces”, p. 269 de las OC, II).

*Una mujer a llorar
me enseñó y a aborrecer,
y me enseñó otra mujer
a sufrir y a perdonar.*

(“Fugaces”, p. 264).

*Después de tanto afanar,
después de tanto sufrir,
hoy casi me hace reír
lo que me hacía llorar.
Mas, viendo de mi vivir
los bellos días pasar,
hoy casi me hace llorar
lo que me hacía reír.*

(“Fugaces”, p. 263)

*Cuando con las penas mías
comparo yo las ajenas,
me parecen alegrías
las que consideraba penas.*

(“Postales”, p. 27 de las OC, II).

Pero, insisto, sus mejores poemitas de ancianidad son los sonetos:

A LA MUERTE

*Seres queridos te miré ceñuda
arrebatarne, y te juzgué implacable
como la desventura, inexorable
como el dolor, y cruel como la duda.*

*Mas hoy que a mí te acercas frías, muda,
sin odio y sin amor, ni hosca ni afable,
en ti la majestad de lo insondable
y lo eterno, mi espíritu saluda.*

*Y ya, sin la impaciencia del suicida,
ni el pavor del feliz, ni el miedo inerte
del criminal, aguardo tu venida;*

*que igual a la de todos es mi suerte:
cuando nada se espera de la vida,
algo debe esperarse de la muerte.*

(p. 227 de las OC, II).

LO UNICO ETERNO

*Las verdades de ayer son hoy mentira,
las de hoy acaso lo serán mañana;
la incorregible vanidad humana,
siempre creyendo razonar, delira.*

*Como Nerón, cantando ante la pira
en que convierte a la ciudad romana,
ciego destruye o cínico profana
lo que, poco antes, ensalzó la lira.*

*Y así, al través de todas las edades,
siempre abrasada por un fuego interno,
buscó la humanidad nuevas verdades;*

*y halló que en todo tiempo, joven, tierno,
en aldeas, en campos y ciudades,
sólo el amor es en la tierra eterno.*

(p. 229 de las OC, II).

PRIMAVERAS

*De entre celajes de ópalo y de grana
surge radiante el sol de primavera
esparciendo en el monte y la pradera
la fecundante luz de la mañana.*

*A su grato calor exhala ufana
efluvios de placer la tierra entera,
y, como novia que al esposo espera,
de retoños y flores se engalana.*

*¡Oh sol de juventud! No de otra suerte
tu clara luz, de espléndidos fulgores,
calor de vida en nuestra sangre vierte.*

*Y el alma, en una atmósfera de flores,
olvidada del tiempo y de la muerte,
exhala dichas y respira amores.*

(p. 230 de las OC, II).

ROMPE EL ALMA

*Rompe el alma, a las veces adormida,
en éxtasis dichoso, las prisiones
que la tienen con duros eslabones
a la miseria terrenal uncida.*

*Y al gozar un momento de esa vida
llena de arrullos, besos y canciones,
en selva de floridas ilusiones
la realidad de lo presente olvida.*

*Así, al mirar tus ojos, a despecho
de mi larga experiencia y desengaños,
mi edad olvido y el temor desecho,*

*y con acentos para un viejo extraños,
me canta el corazón dentro del pecho
las canciones de amor de mis veinte años.*

(p. 232 de las OC, II).

CUMPLIENDO UNA PROMESA

*Cumpliendo una promesa que creía,
como era natural, muy olvidada,
me enviáis una planta delicada
y bella, como es bella quien la envía.*

*Para pagaros don de tal valía,
a no ser viejo, aun sin tener nada
digno de vos, en versos transformada,
alguna flor del alma os enviaría.*

*Pero ya ni los versos ni las flores
son, en la triste edad en que me hallo,
para alcanzar ni merecer favores.*

*Por eso, entristecido, aunque batallo
con una tentación de las mayores,
gracias os digo y lo que siento callo.*

(p. 243 de las OC, II).

VOY QUEDANDO TAN SOLO

*Voy quedando tan solo, que me espanta
lo que de vida y padecer me resta;
ya no se une al bullicio de la fiesta
ronca la voz que espira en la garganta.*

*En vez de flores, la insegura planta
hojas secas encuentra en la floresta,
y donde hubo esplendor, nube funesta,
de lágrimas preñada, se levanta.*

*Sopla el ciclón que con furor me azota
y me empuja, entre sombras, al abierto
abismo inmenso de región ignota;*

*todo es sombrío, lúgubre, desierto,
mar sin riberas, donde sólo flota
la vieja nave que no encuentra puerto.*

(p. 244 de las OC, II).

He citado sólo algunos de esos sonetos, que suelen tener remates perfectos:

...yo que pensaba haber amado tanto...

*Cuando nada se espera de la vida,
algo debe esperarse de la muerte...*

*...en aldeas, en campos y ciudades
sólo el amor es en la tierra eterno...*

...exhala dichas y respira amores...

*...me canta el corazón dentro del pecho
las canciones de amor de mis veinte años...*

...gracias os digo y lo que siento callo.

*...donde sólo flota
la vieja nave que no encuentra puerto.*

Su soneto *A la muerte* ha tenido la honra de ser atribuido a don Miguel Antonio Caro y aparecer como de Caro en el volumen 81 de la Biblioteca Aldeana de Colombia que, ayudado por un equipo de colaboradores, llevó a cabo Daniel Samper Ortega en 1936, y de ser citado como de Caro en un artículo de Sanín Cano que no he logrado ver.

La atribución nació así:

Con motivo del atentado de Barrio Colorado (9-II-1908) contra el Presidente Reyes, en la cartera de uno de los conjurados (Juan Ortiz) se encontró un soneto que comenzaba

¡Oh muerte, siempre te miré sañuda...!

y que, salvo leves variantes, era el soneto de Blest Gana.

Entre suponerlo del ajusticiado o de otro autor, los colombianos, tan amigos de amontonar laureles sobre sus *maestros*, lo atribuyeron a don Miguel Antonio.

Quien restituyó a Blest Gana su soneto fue Miguel Rasch Isla, colombiano y poeta (*El Tiempo*, Bogotá, 1º-XII-1950).

Claro que, conociendo la ideología de Caro, era inverosímil que el soneto fuera suyo. Más todavía: Víctor E. Caro, hijo de don Miguel Antonio, no

lo incluyó entre las *Obras poéticas* de su padre. Entre los sonetos del maestro colombiano, al que le encuentro más analogías con el de Blest Gana es el CXX: *Vida y muerte* (p. 133 del t. I, Imp. Nacional, Bogotá, 1929). Leámoslo:

*La alegre flor de tus risueños días
gozaste ya, la juventud dorada;
venciste la mitad de la jornada
y declinas a extremas agonías.*

*Hoy ves, al recordar tus alegrías
y aquella edad de néctares colmada,
que la esperanza no quedó agotada
ni fue tal el placer cual presumías.*

*Sírvate la experiencia de consuelo,
próximo a dar tu débil despedida
al mundo, para un viaje oscuro y largo.*

*Compensa el bien y el mal piadoso el cielo:
ni es muy dulce la copa de la vida,
ni el cáliz de la muerte es muy amargo.*

En más de una ocasión he dicho que los que podríamos llamar poetas chilenos modernistas (Pedro Antonio González, Vicuña Cifuentes, A. Bórquez Solar, Contreras, Dublé, Magallanes Moure, Pezoa Véliz, González Bastías, Contardo, Mondaca, "por no hablar de Prado, Gabriela y la gente más joven") desbordan el marco modernista, y es precisamente durante esas salidas de molde cuando logran sus mejores momentos.

Eso mismo pasa con el mejor de nuestros románticos. Romántico por la época de su formación, pero sobre todo por el temperamento, siempre mantendrá alerta la sensibilidad. Pero la soledad progresiva irá amortiguando en él los restos de vanidad literaria, y como el poeta ya habrá llegado a un mayor dominio de la forma, las palabras recobrarán un sentido humano extra-temporal y parecerá que brotan del fondo del alma.